

Hacia nuestra intrascendencia

Tenía derecho Nietzsche a afirmar - porque eso era cierto en su país y en su época - que "los grandes problemas están en la calle", pero en nuestro país, y en América en general, la realidad inmediata resulta hoy impermeable a toda problemática trascendental, en la calle no hay más que escaparates y transeúntes - en el sentido material y en el simbólico - desfile de máscaras convictas o involuntarias, choques y conflictos inesenciales, y a veces, solitario, perdido y "desasido", "apenas triste, y sólo con su canto", alguien - como dijo el poeta - "buscándose la frente hacia la madrugada". Y es que nada es más difícil, para nosotros, habitantes de un inframundo inverosímil, que vivir en ese doble plano en que lo natural es índice o trasunto de lo subnatural. Vivimos, en efecto, en una apariencia inconsistente, donde los pequeños problemas, reiterándose hasta la obsesión, han conseguido distraernos de los grandes. Desconectados de nuestro real misterio, lo grave no es que nadie sepa quien es, miseria harto común y justificable, sino que son muy pocos quienes se inquietan por saberlo, por descubrir las necesarias sobrenaturalidades, cosa que no habrá de conseguirse, ciertamente, mediante encuestas, balances y ficheros, pretendiendo redescubrir, con una curiosidad minuciosamente desapasionada, vigencias necesitadas de más cordial requerimiento. Y no hablemos de nuestra propensión extremada a la crítica que, a lo sumo, y salvo contadas excepciones, no demuestra sino un deseo demasiado frío, horizontal, como para poder descubrirle a nuestra realidad alguna clase de efectiva relevancia. Defraudados por los otros y por nosotros, por tanta esencia malbaratada y por tanto flagrante simulacro, sólo se busca, en realidad, adiestrando un exacta virulencia, darle un pretexto a nuestra inanidad, volver agresiva,

vas nuestras habilidades sin objeto. Y desquitarnos así de nuestra imposibilidad de adoptar la simple y llana decisión de existir.

Lo peor es que ese vacío no es una conquista de nuestra conciencia, no es un bien rentable y utilizable que nos permita rebelarnos con causa y angustiarnos con justificación. Ausentes de nuestra ausencia, nuestra frustración no llega a ingresar en nuestra vida profunda, y nos deja doblemente inermes, sin un centro al cual referir nuestras actitudes, y sin añorar tampoco su carencia, lo cual sería una manera de tenerlo, y en más honda instancia todavía. No podría así darse entre nosotros ni la angustia de creer ni la de no creer, ni el suicidio como afirmación liberadora de un Kirilov, ni, en otro orden, la afirmación gratuita del instante, no estamos en condiciones, en ningún sentido, de jugarlos enteros, desde que no sabríamos dónde situar nuestra integridad, no podemos siquiera, en efecto, situarla en nuestro vacío, porque le falta a ese vacío, para ser tal, la experiencia de la destrucción radical de ciertos valores que, entre nosotros, permanecen vigentes - vigentes, y no vivos - manteniéndonos en militancias descolocadas, tales como ese liberalismo infundado y ambiguo que arrastramos desde que lo vocearan, con agresiva desmesura, nuestros insolentes románticos de hace un siglo. Desde que nuestros pasos van al margen de lo real, entre delirios deportivos y demás sensacionalismos expresamente cultivados, les estamos despojando a nuestros acontecimientos íntimos de la oportunidad de evolucionar dentro de un proceso dialéctico nítido y resuelto, de una coherencia que los justifique en el seno de una continuidad de sentido, los momentos sucesivos de nuestra historia, personal y nacional, no pueden hallar así en el pasado la antítesis sobre la cual establecer justificadamente una tesis renovadora y una síntesis en la que posteriormente podamos reafirmarnos; desvinculados de nuestra tradición, todo se resuelve en banderías ocasionales, y en adhesiones que sólo comprometen nuestra porción enajenable, adhesiones regimentadas y ordenadas por intereses que han hallado así una forma, soezmente remuneradora, de distraerse de sus propias distracciones.

Más concretamente: no podemos llegar a ser lo que

quizá queremos, porque nuestro querer no puede radicalizarse, asumirnos por entero: pudieron sí, lograrlo, quienes, a principios del siglo pasado, se reencontraron a sí mismos en el vértice removedor de conflictos que los ponían totalmente a prueba; hoy, ablandados por garantías sociales que, lejos de salvarnos, disuelven todo conato de salvación en un desvaído conformismo, nuestra atención queda así a merced de las irrupciones forzosamente intempestivas de doctrinas, e ideas importadas, premiosamente, ávidos del cosquilleo intelectual o sensorial que puede hacernos creer en nuestra raigambre universal, a costa de nuestra cada vez más inverificable peculiaridad. Apenas intentemos mantenernos fieles - por lo menos - a nuestra condición precaria, no nos queda entonces sino el recurso medianamente heroico de postergarnos, de acumular dilaciones, de callar. Con un silencio que está lejos de ser - como lo fue, singularmente, el de un Rimbaud - un resultado de estar al cabo de la calle, de una desilusión en cierto modo - por lo menos para los otros - promisoro, sino tan sólo la expresión, a lo sumo honesta, de una incapacidad a la que nada, dentro de sí mismo, busca engañar con imaginarias oportunidades de salvación.

Sólo una plenitud - la gran olvidada - estuvo alguna vez a nuestro alcance: la de la infancia, cuando todo lo teníamos sin saberlo, identificados con un amor a las cosas que nos volvía habitantes de un mundo insospechable; allí fuimos, en su cabal sentido, uruguayos, y americanos, y universales, inmersos en una eternidad que ahora sabemos - o creemos - fugaz, pero que constituye la única referencia y la única constancia de que existe una posibilidad abierta a nuestros extravíos del presente. En un fondo que no consiguieron cegar las espesas desilusiones de los años queda latente el recuerdo excitante, aleccionador, de una bienaventuranza tan hondamente sabida, que no necesitábamos entonces saber que la sabíamos. Tal como evocaban los hombres primitivos, al caer la noche, los demonios tutelares, evocamos nosotros el espíritu que latía en aquella encendida anunciación. Y no para eludir nuestra responsabilidad de adulto y de evadirnos de ese modo del presente, sino para devolvernos a una conciencia más pura de lo que debemos ser, no haciendo de nuestra experiencia de hombres

un correctivo de nuestra experiencia de niños, sino su transfiguración, la reelaboración voluntaria de aquella aurora, al cabo de nuestra larga noche de olvido y confusión. Nuestras esperanzas no son así más que una proyección de esas ineludibles añoranzas; pero han de agregárseles costosas sabidurías, un arte trabajosamente aprendido de aproximarnos a los hombres a través de tantas apariencias engañosas.

Nuestra incapacidad metafísica hace que la gran mayoría, por hastío, por no saber qué hacer, se limite a buscar el modo de construirse una vida de repuesto, en base a sus disponibilidades más cercanas y exiguas; se convierte así en inerte espectador de desfiles y exposiciones, de aventuras cinematográficas y de competencias deportivas al nivel de su cenestesia; demás está decir que de tales extravíos es harto difícil regresar, desde que no nacen de una desesperación segura, bien identificada. Mediante esos expedientes no podemos ni siquiera extraviarnos, sino disolvemos, como flotando, en goces que apenas si nos comprometen en nuestra materia más enajenada. Ser y no ser allí se identifican; un mundo atestado de cosas y de gritos, sólo ofrece, a quien lo interpela más estrechamente, silencios irreductibles; detrás de cada goce se oye la desoladora letanía de una vertiginosa insatisfacción, de un hastío tanto más incurable cuanto más sensaciones y "civilización" acumulamos; la existencia va siendo así devorada por sus propios productos y nos convierte en ficción, al estilo de las conveniencias que rigen en el día. Esa tonta seriedad de sud-americanos, así como ese tonto sonreír de los norte-americanos - tanto más visibles cuanto más alta posición se ocupa - no significa siquiera un leal reconocimiento de nuestras deficiencias esenciales, sino, en gran parte, falta de humildad, afectación de una importancia que pueda, en un sentido u otro, utilizarse socialmente. No dejaría de ser recomendable, por curarnos de esos alardes, reconocer de pronto, sin inútiles aspavientos, que no somos sino algo así como un insecto o un escarabajo, sintiendo solamente un "tolerable fastidio", como el protagonista de "La metamorfosis". Sería sin duda un excelente punto de partida; nos ahorraría por lo pronto caídas excesivas, inconducentes. Y nos induciría además a perder esperanzas demasiado localizadas y cotidianas, gloriolas

de círculo, o la nostalgia de alguna posteridad que nos dé lo que el presente nos rehusa. En todo caso, le daría a nuestra inexistencia una posibilidad más limpia de salir de sí. Asumido lealmente nuestro cero, fundamentada debidamente nuestra esterilidad, cabría alentar recién formas aceptables de esperanzas. Es el de la esperanza, en verdad un trabajoso aprendizaje, un esmerado salvataje de la desesperación.

El hombre vulgar, transeúnte impenitente, o postulante ante puertas que a nada conducen, no habrá de ser rescatado desde fuera, donde todo contribuye hoy a erigir organizaciones absorbentes, focos de fuerza que exigen la entrega incondicional del individuo. Sólo el empeño decidido de los pocos que han logrado preservar algún resto de autenticidad, podrá ir abriendo y resguardando círculos de sincera convivencia al nivel del hombre que todos siguen siendo sin quererlo ni saberlo. De ese hombre común en el cual no podemos dejar de confiar nunca, pues por debajo de esa segunda naturaleza con que acostumbra relacionarse, sentimos alentar una inconfundible sustancia humana hecha de solicitud y de respeto hacia los otros. La verdad es que a ese hombre no se le deja ser bueno, que las exigencias sociales y los valores que se le han inculcado subrepticamente a través de tan profusas propagandas y de una escala implícita de recompensas correspondientes a cada una de sus deserciones, determinan oscuramente pero de modo inflexible su conducta exterior. No es tarea fácil reabrir esas vías clausuradas, suscitar esas virtudes adormecidas, convocar al hombre verdadero, e invitarlo a colaborar en la recreación de un mundo verdadero. Sin embargo, la vida tiene a veces modos de interpelarnos que desbaratan de golpe las murallas que parecían más sólidas. Hasta las crónicas diarias, espejo casi siempre de superficies engañosas, pueden llegar a registrar algunos de esos inesperados avatares. No hace mucho, por ejemplo, leíamos en un reportaje a una pasajera del "Ciudad de Buenos Aires", rescatada de las aguas luego de largas horas de zozobra, sus declaraciones expresando la renovada visión que, de súbito, tuvo entonces de su vida, su asombro al recordar tanta vacua minucia, tantas vanas preocupaciones como formaran hasta ese instante su bagaje coti-

diano. "Si sigo viviendo tendré que ser más buena", fué la reflexión que la iluminó de golpe, cuando, al borde mismo de la muerte, con una extraña frialdad, más allá de la desesperación, la invadió la evidencia de la falsedad con que hasta entonces había vivido. La verdad y el bien, como en el pensamiento platónico, surgieron juntos, indisolubles, desde el fondo de su alma, removido y desvelado por aquella alteración radical de las condiciones en que diariamente se adormecía su conciencia.

A nadie le faltan naufragios en su vida, peripecias límites, por las que pueda asomarse al abismo revelador de su condición mortal. De la presencia de la muerte, aposentada no sólo en nosotros, sino también en cada ser y en cada cosa, se habrá de extraer y depurar la presencia de la vida, de esta vida-muerte cuyo reconocimiento vertiginoso, lejos de aniquilarnos, nos habrá de infundir una firmeza y un desasimiento presumiblemente invulnerables. Quien no quiera ser como Dios - decía Goethe - no será ni siquiera un hombre; no podrá gozar siquiera las comodidades de su imperfección, ambiguo habitante de un mundo desencarnado al que - como decía Bernanos - no es con nuestra desesperación que rechazamos, sino con toda nuestra esperanza.

Washington Lockhart. -